

por solo la afinidad, ó diversidad que se advierta en ellos, por que esto puede provenir de varias causas; sera, sin embargo, necesario á falta de otros datos, y cuando la historia enmudezca, recurrir á este arbitrio, guiándose al hacer uso de él por un criterio ilustrado, prefiriendo en esos rasgos de analogía ó divergencia, los que presentan un carácter más decisivo.

De ese juicio comparativo se desprenderán, no hay duda, de vez en cuando rasgos de luz que servirán de mucho al hombre investigador en su marcha, hasta llegar á descubrir la verdad: verá la sucesion no interrumpida de ciertas generaciones abrirse paso al través de los siglos, y dar origen á varias familias, que despues se convierten en naciones, formando grupos que llevaban en sí algunos signos distintivos, que les impidiera perderse en ese océano inmenso de la humanidad, y que dan á conocer su origen.

Ardua y difícil es una investigacion de este género, aun limitada á una nacion determinada; interesante, por los detalles en que es preciso entrar; vasta por la multitud de puntos que es forzoso tocar, y altamente útil y provechoso por las noticias y descubrimientos que dará á conocer, reuniendo, como en un foco, lo más interesante; los esfuerzos de la inteligencia, del trabajo, y de la civilizacion.

Pues para esto, es preciso valerse de los medios que la literatura ha puesto en práctica, al escribir sobre la *genealogía de los pueblos*, recurriendo á

la historia antigua, á las tradiciones, á la mitología, á los monumentos, á los nuevos escritos que pueden haberse encontrado, y á las revelaciones hechas por la geología y la panteología, la cosmología, cosmogonía, la filología, y la arqueología comparadas.

La *antropología*, la *fisiología*, y la *etnografía*, han hecho tambien en esto un papel principal; los rasgos físicos, la estatura, la configuracion de los ojos, el color, el cabello, la barba, el cráneo, y el tamaño y figura de las narices, la boca y los lábios, y ciertas facciones muy pronunciadas de la cara, han servido mucho, no solo para distinguir la raza, sino tambien para fijar la procedencia.

Verdad es que el cruzamiento de razas ha producido cambios y alteraciones notables; pero en esa mezcla siempre quedan rastros, en que resaltan el carácter y distintivo nacional, especialmente en las poblaciones pequeñas que se hallan en las asperezas y montañas, en las cuales no abunda ni predomina el elemento extranjero.

Mucho contribuirá á dilucidar la presente cuestion el exámen detenido de la situacion geográfica de América, respecto de las otras partes del mundo, ántes y despues del diluvio universal, y de las poblaciones más contiguas, teniendo en cuenta los grandes sucesos, trastornos y cambios que hayan ocurrido en el globo terraqueo en el tiempo que ha trascurrido.

La proximidad, no hay duda, que produce una grande probabilidad en cuanto á procedencia, y en este sentido han surgido muchas opiniones; ya respecto del estrecho de Anian, ya del número de islas en el Océano, y distancia á que se encuentran colocadas unas de otras.

Los trastornos que ha sufrido el globo terrestre son bien conocidos, y se hallan confirmados por los adelantos y descubrimientos de la ciencia moderna. Las guerras y conquistas, no hay duda, también, que han influido en la formación de las naciones y su establecimiento en países distantes. Los israelitas, por ejemplo, con sus guerras echaron de la Palestina á los cananeos ó fenicios, que se establecieron en Africa, el comercio los llevó hasta las Canarias; y las conquistas impelieron á los Caldeos, á los Egipcios, á los Griegos y á los Romanos, á países muy distantes de Asia, Africa, y Europa.

Estas y otras muchas consideraciones son las que me han guiado en el exámen de la presente cuestión, fija siempre mi atención en los rasgos de semejanza que pudieran encontrarse en todo lo que forma el carácter y fisonomía particular, tanto en lo físico, como en lo moral, de las naciones más notables que han existido, y que nos descubren sus tradiciones é historia respectiva, siguiéndolas en su desarrollo sucesivo hasta tocar con los tiempos más próximos al conocimiento notorio que se tuvo del Nuevo Mundo.

Los pueblos han dejado rastros y señales de su existencia sobre la tierra; es preciso reconocerlos. Los instrumentos de caza, los útiles de que se servían para preparar sus alimentos, los medios de que usaron para cubrir su desnudez, y ponerse á cubierto de la intemperie, los vestigios de la industria, y utensilios domésticos, que la arqueología nos dá á conocer, son objetos preciosos de que se ha sacado y se puede todavía sacar gran provecho para la genealogía y origen de las naciones, y el progreso sucesivo de la humanidad.

Cerca de seis mil años es el espacio de tiempo que se asigna á la aparición del hombre sobre la tierra; mil seiscientos despues de la creación acaeció el diluvio; dentro de ese tiempo debemos buscar la solución del problema que nos ocupa, y que comprende dos puntos cardinales, á saber, ¿quiénes fueron los primeros pobladores de América, y en qué tiempo vinieron á ella? Para lo cual es preciso romper el secreto de los siglos que nos han precedido. Los estudios de Monseñor *Meignan*, obispo de Chalons sur-Marne, han derramado mucha luz sobre el hombre pre-histórico (1), y los del Abate *Lambert* (2).

Deplorable es, como he inidicado ya, la falta de muchos datos importantes para desempeñar esta empresa. Los pueblos del antiguo mundo extin-

(1) «El hombre y el mundo primitivo segun la Biblia. Paris, 1869.»

(2) «El hombre primitivo y la Biblia.»

guido legaron á sus sucesores una herencia de conocimientos útiles, y datos por los cuales podia conocerse esa historia, y descubrirse ó sospecharse su origen; pero la de los antiguos habitantes de América, se perdió en el incendio y arrebatos del fanatismo; tesoro que podia haberse utilizado, y del cual solo nos queda lo que el celo de los misioneros pudo recojer, de lo poco que salvó de esa destruccion, acerca del extenso y amirable país en que vivieron, con sus sabanas incultas, sus bosques vírgenes y seculares, sus altas y ásperas montañas, sus rios caudalosos, sus hermosos lagos, sus escarpadas cordilleras, y algunas ruinas esparcidas en los bosques con que tropieza el viajero por casualidad, y otras poco conocidas, ó que todavía permanecen ocultas.

El conocimiento de la procedencia de los héroes de la antigüedad, y de sus hombres célebres por su ciencia, sus invenciones y sus hechos, ha sido objeto de muchas investigaciones, y del más solícito interes, cuanto más debe serlo el de un pueblo numeroso que habitó vastas regiones, y vivió largos siglos ignorado, que ha dejado notables vestigios de su existencia, y que al descubrirse de nuevo, pasmó al mundo entero, de asombro y admiracion.

En este trabajo he procurado reunir lo más notable que se halla esparcido en muchos volúmenes, utilizando la extensa lectura que he hecho de nuestra historia y de la antigüedad. No me ateraban ni la oscuridad é incertidumbre que notaba

en varios puntos, ni las lagunas que encontraba en varios escritos que consideraba, ni la contrariedad y variedad de opiniones, especialmente en la cuestion principal, porque me empeñaba en no separarme de las reglas del buen criterio, teniendo solo por fundado y averiguado lo que encontraba apoyado en el aserto de escritores ó testigos respetables. «Quod omnes aut complures sentinunt aut dicunt, dice *Aristóteles*, id falsum non est «putandum (1): concepto que tiene en su apoyo otro pasaje de *Plinio* el jóven, que reputaba por absoluto en la diversidad de opiniones, aquello en que convienen los *juicios discretos* de los hombres (2).

Seguia, ademas, otras reglas de buen criterio, y tenia, sobre todo, muy presente lo que dice *Plinio* en su panegirico de Trajano: «*Lucem veritatis acquiritur, et cum posteris administrat, dislinguit meliara, puriora recipit, et alia pretermitit*» (3).

Cuando muchos escritores antiguos y modernos trazaron con mano diestra lo que sabemos sobre la antigüedad, entre otros *Barthelemy*, ya no se veía el humo sobre los altares de los dioses de la Grecia y de Roma, ni se oía el quejido de las victimas inmoladas en las aras del sacrificio, y no por eso dejaron de decir la verdad, y trasmitirla á

(1) *Aristóteles*, lib. 4 de divin. person.

(2) *Plinio Jun.*, lib. 9, Epist. 12.

(3) *Plinio Paneg. Traj.*

la posteridad; otro tanto puede decirse de América, á pesar de los muchos años que han trascurrido desde que hubo habitantes en ella.

Los últimos escritores tienen la ventaja sobre los que les han precedido, de la mayor luz que resulta de un exámen repetido, y estimulado siempre por el deseo de encontrar algo nuevo, ó de dar adelante un paso más.

¡Quién había de decir despues de tanto como se ha escrito, que *Niebuhr* esparciera nueva luz sobre la historia de Roma, y sobre los primeros dias de Grecia! Tan cierto es que el exámen extenso y bien dirigido, y las chispas que se escapan del génio, abren é iluminan nuevos horizontes, y lo que estaba oculto ó envuelto entre tinieblas, al fin llega á descubrirse.

Un pueblo, sobre todo, que como el de América, deja sobre la tierra, por lo poco que se vé, tan notables trazas de su existencia, de las artes que cultivó, y de la lengua que hablaba y escribía, que tenia una historia propia, y una série de grandes acontecimientos enlazados con la vida de otros pueblos, digno es de que no se deje la pluma de la mano, hasta darlo á conocer en todos sus detalles, como se ha logrado respecto de los más célebres que registra la historia.

El pueblo asirio, que vivió cerca de 2,000 años antes de *Jesucristo*, sobre las márgenes del Tigris, del Eufrates, y sobre las llanuras inmediatas, cuya existencia atestiguan las ruinas de Babilonia y de Nínive, y lo que la historia ha conservado, to-

do lo cual pone de manifiesto lo que fué su cultura, su grandeza, su pujanza y su poder, ha sido objeto de grandes investigaciones, y todavía lo es de las meditaciones de los sábios, y aun se ponen en práctica nuevos arbitrios para descubrir, si es posible, más de lo que se sabe.

¡Cuánta luz ha derramado sobre su existencia y la historia del género humano, ese trabajo de los sábios! ¿Por qué no ha de hacerse lo mismo respecto del pueblo americano? ¡Quién sabe cuantos millares de años habrá vivido abandonado, ignorado, ó desconocido sobre sus altas montañas, á las orillas de sus hermosos lagos y caudalosos rios, esparcido en sus extensas llanuras, y cuáles habrán sido en esos remotos tiempos las transformaciones y peripecias porque ha pasado, y la série de acontecimientos de su vida, hasta dejar esas ruinas pasmosas que contemplamos, y las demas poco exploradas y ocultas en la espesura de los bosques, que, como se ha dicho, se hallan diseminadas en la extension de su territorio! Todo esto, tan enlazado con la cuestion de origen, es todavía desconocido, y el esfuerzo que se haga para ilustrarla es de la más alta importancia.

Los puntos luminosos, que al recorrer los escritores del nuevo y antiguo mundo, se presentaban á mi vista, me han alentado á dar á conocer mis propias observaciones sobre los rasgos de analogía que aparecen, y que si no constituyen una per-

fecta identidad, se aproximan á ella; considerable es el acopio de materiales que he reunido, y en medio de tanta erudicion, del cúmulo inmenso que presenta la combinacion de tantos hechos, de tantas ideas, y de noticias tan interesantes para el desarrollo de lo que sobre esta cuestion puede exponerse, he tenido que encerrarme dentro de los más estrechos limites, para no dar á esta obra demasiada extension; sin embargo, las deducciones que contiene, son de tal naturaleza, que en sí mismas y en su conjunto, casi nos dan la certeza del hecho: *ex fumo lux*.

México, Marzo de 1877.

MANUEL LARRAINZAR.

SEGUNDA PARTE.